

# Laudatio del profesor Aaron V. Cicourel

JOSÉ ENRIQUE RODRÍGUEZ IBÁÑEZ  
Universidad Complutense de Madrid (España)  
jeri@cps.ucm.es

Aaron Victor Cicourel, a quien tenemos hoy<sup>1</sup> el honor de recibir oficialmente como nuevo y prestigioso miembro de nuestro claustro complutense, es hijo de una doble diáspora: por un lado, la que afectó a las comunidades sefarditas cuando se vieron obligadas a abandonar los reinos españoles a finales del siglo XV, a raíz de su expulsión por los Reyes Católicos; por otro lado, la de la emigración a las Américas a cargo de las clases menos favorecidas del continente europeo y el Mediterráneo. De la primera, él guarda el tesoro del castellano antiguo, preservado de generación en generación y, cómo no, también dentro de su propia familia. De la segunda, lo que emerge es toda una personalidad de científico social inquieto y cosmopolita.

El linaje de los Cicourel —al parecer, oriundos del pueblo de Curiel— acabó afincando en el Sultanato turco. Con la derrota y desmembración del Imperio Otomano en la Primera Guerra Mundial, tanto el padre como la madre de nuestro nuevo doctor decidieron emigrar, sin conocerse, a los Estados Unidos, el uno a Nueva Orleans y la otra a Nueva York. Ambos acabaron por trasladarse a la capital de Georgia, Atlanta, donde tenían familiares. Allí se conocieron y casaron, naciendo su hijo Aaron en 1928. Pronto América se vio sumida en la Gran Depresión, lo que desencadenó el asentamiento de los Cicourel en Los Ángeles, en busca, como tantos otros, de mejores oportunidades. En ese nuevo destino el joven Aaron subsistió como pudo, trabajando de cartero, repartidor y hasta mozo de cocina en una residencia de mujeres donde conoció a su futura esposa, Merryl (una entusiasta e infatigable pintora con la que tendría tres hijos —Denise, Greg y Eric— y varios nietos. Por cierto que hoy nos acompañan gozosamente la propia Merryl, Denise y su hijo Daniel, y Eric, su esposa Jehan y sus hijos Zain y Aden).

La sangre española influyó sin duda en las artes picarescas que Cicourel tuvo que desplegar en tales circunstancias —por ejemplo, trucar la edad para que le dejaran trabajar en el

---

<sup>1</sup> Discurso pronunciado en el acto académico de investidura como doctor honoris causa del profesor Aaron V. Cicourel por la Universidad Complutense de Madrid. El acto se celebró el 19 de junio de 2008 en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de dicha universidad.

servicio de correos—. En 1951, con apenas veintitrés años, se graduó en Psicología en la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA), siendo inmediatamente movilizado por el Ejército, en cuyas filas sirvió en los tiempos de la guerra de Corea.

Se trata, como se ve, de una historia personal que se enmarca en las grandes epopeyas migratorias que supieron retratar magistralmente Elia Kazan en el cine y John Steinbeck en la literatura.

Una vez desmovilizado, nuestro huésped obtuvo el Máster en Antropología y Sociología por la UCLA en 1955, fecha en la que partió para la Universidad de Cornell, con el alivio de una beca, a cursar estudios de doctorado. En esta prestigiosa universidad, su pericia sociológica se incrementa considerablemente, en lo que respecta a la formación estadística y en lo referente al dominio del trabajo de campo etnográfico. Fruto de todo ello es su tesis doctoral sobre la cultura de la ancianidad, para la que contó con la ayuda de nada menos que William Whyte, el autor de *Street Corner society*, y que, sin embargo, Cicourel se ha venido negando sistemáticamente a publicar o tan siquiera mencionar.

Ya doctorado, retorna a UCLA, vinculándose con la Facultad de Medicina —una especialidad con la que va a estar relacionado de por vida, tanto por ocupar puestos académicos a caballo entre la sociología y la ciencia médica, como por dedicar una parte considerable de su obra a la relación médico-enfermo y a los escenarios sociales de la terapia—.

De 1958 a 1966 trabaja en diversos «campuses» de Chicago y California, hasta que obtiene una cátedra de Sociología en el californiano campus de Santa Bárbara, de donde pasará al campus de San Diego en 1970. En esta última ciudad trabajará ya permanentemente, siempre a medias entre el Departamento de Sociología y la Facultad de Medicina —y, ya en la última etapa, el Departamento de Ciencia Cognitiva—.

Desde los últimos años sesenta hasta el presente, Aaron Cicourel ha sido profesor visitante en numerosísimos centros de prestigio del mundo entero. Resumiendo, mencionaríamos los siguientes: la Universidad Columbia de Nueva York, la Universidad de Londres, el Instituto Max Planck de Starnberg, el Collège de France y la Ecole Pratique des Hautes Etudes, las Universidades de Pekín, Tokio, Kyoto y Sydney, la UNAM de México, el Instituto Di Tella de Buenos Aires y la Universidad de Bahía en Brasil. España no ha sido excepción en este incesante periplo, inaugurando el homenajeado su larguísima luna de miel con nuestro país de forma seria en el curso 1975-1976, a lo largo del cual fue profesor visitante en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UCM.

Los contactos establecidos a través de todo ese impresionante caminar incluyen personalidades de alto nivel como Gino Germani, Jürgen Habermas, Bruno Latour o Karen Knorr-Cetina. Pero la mayor vinculación y amistad las trabó con Pierre Bourdieu, con quien mantuvo desde 1971 una relación de mutuo afecto verdaderamente ejemplar. Sus campos de estudio no han sido ciertamente coincidentes, aunque sí su énfasis en el rigor metodológico y su común procedencia social, ajena a las élites acomodadas, que hizo de los dos unos «self-made men» nada complacientes, sino atentos a su deber profesional y escépticos ante la pompa del mandarinato académico. Casi lo último que hizo Pierre Bourdieu antes de fallecer prematuramente fue preparar la bella edición de escritos relativos a la lógica y ejercicio de la profesión médica firmados por el nuevo doctor, que apareció en 2002 con el título de *Le raisonnement médical*, prologado por el propio Bourdieu e Yves Winkin (París, Seuil).

Volviendo a la relación con España de Cicourel, diré que siempre había sido una vieja aspiración apenas saboreada en un principio mediante un breve viaje turístico en 1964. Sólo algo más tarde, en 1975, como antes recordaba, el conocimiento pudo empezar a profundizarse. El motivo del año de investigación en Madrid era el estudio de las comunidades sefardíes en el Archivo Menéndez Pidal, financiado por la Fundación Guggenheim. Dicha investigación no hizo más que iniciarse, hasta el punto de que todavía no se ha clausurado y ocupa aún los afanes del autor. Pero una personalidad tan hiperactiva no podía contentarse con eso: simultáneamente, Aaron Cicourel realizó una intensa labor investigadora en el hospital La Paz de Madrid, en el servicio de neurología infantil que dirigía su amigo el doctor Ignacio Pascual Castroviejo. Los protocolos de las historias clínicas, los diálogos entre médicos y pacientes y las conversaciones de los profesionales a lo largo de las comidas fueron pacientemente registrados, dando lugar a un riquísimo material que el investigador vertería más tarde en importantes publicaciones relativas a la interacción entre lenguaje y creencia en la comunicación médica.

También durante el curso 1975-1976, por mediación del ex Decano y catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de nuestra universidad, Salustiano del Campo, fue profesor visitante en tal facultad, impartiendo un curso de doctorado. Y aún le sobró tiempo para dar conferencias en otras universidades españolas y ser elegido académico correspondiente de la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Desde entonces, las idas y venidas de Cicourel a España han sido constantes, participando en cursos y seminarios, pronunciando conferencias, integrando tribunales de doctorado e investigando. Destacaría en particular la investigación sobre migraciones internas «de ida y vuelta» realizada en pueblos de Andalucía, Galicia y Extremadura, que coordinaron los profesores Ignacio Trueba, de la Universidad Politécnica de Madrid, y Enrique Laraña, de la UCM, y en la que nuestro laureado desarrolló una crucial tarea de asesoría sobre el terreno.

A su vez, es notorio cómo el profesor Cicourel se desvive con los colegas y estudiantes de posgrado españoles que visitan la Universidad de California en San Diego. Yo mismo puedo dar fe de lo dicho —siempre le recordaré a pie de aeropuerto, esperándonos a mi esposa y colega María Jesús Gil y a mí, a la llegada de un vuelo retrasado, provisto de ropa de cama y algo de menaje para el apartamento que él mismo se había encargado de reservar—. También podrían decir cosas parecidas otros colegas de la UCM como Emilio Lamo de Espinosa y el ya mencionado Enrique Laraña, al igual que otros profesores de diversas universidades como Bernabé Sarabia, Pompéu Casanovas, Carlos Lozares y Manuel García Ferrando.

Entrando en la muy larga obra de Aaron Cicourel —cuyas más destacadas contribuciones han sido traducidas al alemán, español, francés, italiano y japonés—, entiendo que refleja la evolución de un preciso y riguroso itinerario intelectual. Este itinerario parte de una convicción muy simple que podríamos formular de la siguiente manera: la sociedad consiste en una suma de procesos de interacción a cargo de individuos, en una variada serie de contextos físicos e institucionales. Y, a partir de ahí, unas consecuencias encadenadas: los escenarios de la interacción conectan lo mediato con lo inmediato, lo visible con lo invisible, lo subjetivo con lo objetivo, lo fáctico con lo normativo, lo «micro» con lo «macro»; esos escenarios contextualizados constituyen el objeto por excelencia de la investigación social; la interacción incluye no sólo gestos y palabras sino también universos mentales; los datos que se extraen

de la investigación deben ser cuidadosamente inferidos, pero no de modo exclusivamente lógico-formal: también deben estar muy atentos al caldo etnográfico e interpersonal del que proceden.

En un primer momento el autor identificó todos estos objetivos con la etnometodología de Harold Garfinkel, uno de sus profesores de Los Ángeles, que plantó cara al prevaleciente funcionalismo sociológico de los años cincuenta y primeros sesenta, proponiendo a cambio un amplio movimiento de renovación teórica y metodológica basado en el estudio de los fenómenos rituales de la vida cotidiana, en su condición de mecanismos de negociación del orden social. Sin embargo, nuestro nuevo compañero acabó por distanciarse de tal movimiento, según la etnometodología se iba haciendo cada vez más laberíntica y solipsista, contentándose con microanálisis conversacionales de los que era difícil inferir conclusiones fiables.

En este sentido, Cicourel fue dando pasos cada vez más ambiciosos, primero en la dirección de la sociolingüística y, ya definitivamente, en la de la sociología cognitiva.

La preocupación por la obtención no perezosa de datos sociológicos se plasma en su primera obra mayor, *Método y medida en la sociología*, de 1964. Aquí Cicourel critica la costumbre establecida de dar por válidos los resultados de cualquier investigación simplemente porque haya utilizado instrumentos reputados, como índices, escalas o cuestionarios, sin profundizar en la utilización misma de esos instrumentos y, sobre todo, en el latido de la muestra estudiada. Incluso los datos censales, según el autor, pueden y deben ser reexaminados a la luz de su trasfondo social e histórico. Cito un breve pasaje que condensa muy bien este espíritu crítico:

«En vez de gastar tiempo y dinero realizando estudios que sólo por decreto se plasman en datos cuantificables, deberíamos gastar más tiempo poniendo en claro nuestras teorías y buscando correlativos en un mundo de observables. La aproximación que sugiero no evita la investigación empírica; lo que evitaría serían los hallazgos que se dan por buenos simplemente porque se los fuerza dentro de una red de categorías apta para ser traducida a escalas.»

La segunda obra teórica mayor de Cicourel es *Sociología cognitiva: lenguaje y significado en la interacción social*, de 1973. En este libro el autor sedimenta estudios previos sobre la relación entre aprendizaje y estructura social, sugiriendo un ángulo de indagación en el que lo estructural y lo cognoscitivo se retroalimentan. Según un reciente artículo de Piet Strydom, publicado en el *European Journal of Social Theory* (agosto, 2007), el autor, con esta obra fundamentalmente, ha quedado incluido con honores en la nómina de sociólogos consagrados de orientación sociocognitiva.

Cicourel es un hombre que predica con los ejemplos. No pontifica ni proclama. Todo lo que reflexiona no es nada aventurado sino corroborado por unos hechos esclarecidos por la observación. Además, una de sus principales virtudes es que sabe descubrir teatros de investigación allá donde se encuentre, sin desdeñar ningún entorno al que la vida le haya podido conducir. Es un sociólogo de vocación etnográfica que no hace ascos a ninguna situación y sabe sacar partido de todas ellas.

Esta proclividad creo que queda de manifiesto en sus investigaciones más celebradas. Comencemos por *La organización social de la justicia juvenil*, de 1968. Con este trabajo el

autor se propuso, y consiguió, acabar con los estereotipos habituales que rodean el fenómeno de la delincuencia de menores. No todo sería cuestión de «mano blanda» o «mano dura». Ocurre que las respuestas policiales y judiciales, articuladas en los procesos y protocolos correspondientes, aun siendo idénticas dentro de un mismo Estado —en este caso, California—, adquieren, condado a condado, una muy considerable gama de variantes, resultando básica para la interpretación sociológica de todo ello la toma en consideración de los actores en juego.

Recordemos igualmente *Teoría y método en un estudio de fecundidad en Argentina*, de 1974. La investigación, fruto de una estancia sabática en Buenos Aires, desvela, mediante un uso polivalente de la encuesta y las entrevistas, cómo las pautas de fecundidad no dependen mecánicamente de factores tales como los ciclos económicos, sino que están en candelerero, además, consideraciones sociales y psicológicas de una enorme relevancia, puesto que afectan a una toma de decisión tan importante como es la maternidad.

En fin, si nos detenemos en la larga serie de entregas de Cicourel relativas a la relación médico-enfermo y a las terapias pediátricas (incluyendo niños sordos), entre las que probablemente sobresalga «El lenguaje y la estructura de creencias en la comunicación médica», de 1983, descubriremos de nuevo cómo la superficie de las interacciones verbales y gestuales son llevadas, una vez contrastadas con las inercias institucionales y los patrones cognitivos y emocionales, hasta unos límites de interpretación que rozan la entraña más profunda del fenómeno comunicativo.

Y es que, en la obra de este maestro, la continuidad teoría-investigación, así como la continuidad pragmática semántica-estructura social, desembocan en un marco de análisis original en el que las fronteras entre lo «micro» y lo «macro» se disuelven virtualmente y los contextos de las dinámicas organizativas quedan recreados al máximo.

Aaron Cicourel es, pues, un hombre intelectualmente riguroso y un trabajador ejemplar. Ha enriquecido muy considerablemente la tradición sociológica interaccionista, acercándola hacia una panorámica cognitiva propia de la sociedad del conocimiento en la que nos movemos. Y lo ha hecho con absoluta discreción, sin concesión alguna a las modas o el fulgor mediático.

Es un hombre enjuto de cuerpo, saludable, frugal y amante del ejercicio físico, que, sin embargo, no desdeña la buena mesa dosificada. También es un conversador incansable que hace gala de un agudo sentido del humor, puesto de manifiesto por sus ojos chispeantes. Y sabe, por añadidura, ser enérgico en el debate profesional y en la defensa de posturas políticas de signo progresista. Es, en definitiva, un buen hombre, un buen amigo y un buen intelectual.

Para colmo, su identificación con España y el mundo hispano es algo contundente y consustancial, como antes veíamos. Por todo ello creo que se merecía con entera justicia el reconocimiento que ahora le estamos prestando.

Hablando hace muchos años con él me contaba cómo era obsesión de su anciana madre que sus hijos no le dispersaran el adorado ajuar —*assoár* decía ella, utilizando la palabra árabe original de la que pasó al castellano el término—. Pues bien, querido Aaron, es nuestra grata tarea reintegrarte completo tu ajuar de lejano hijo de Curiel, de español de corazón universal. Muchas, muchísimas gracias por lo que has hecho y seguirás haciendo, en nombre de la Universidad Complutense de Madrid.

